



Leandro Gonzalez, 81 años.

Alicia Oliveros, 25 años.

La historia de Leandro

Leandro González vio la luz por primera vez hace 82 primaveras, el 17 de Mayo de 1924, en el madrileño Barrio de Tetuán. Su padre, vegetariano y socialista, era comerciante. Gracias a él, Leandro aprendió a leer y escribir.

Recuerda su infancia con mucho cariño. Como otros niños de su edad, creció entre juegos y trastadas.

Corrían los tiempos de la II República, unos años que pasarán a la historia caracterizados por su inestabilidad. Los burgueses intentaban frenar el resurgir de una clase trabajadora que pugnaba por sus derechos. Uno de los hechos más destacables de este periodo fue la sangrienta Revolución de Asturias, en 1934. Leandro recuerda también con aplomo el asesinato, ese mismo año, de la joven Juanita Rico, a manos de Pilar Primo de Rivera. Tras ese cruento suceso, la hermana de Jose Antonio huyó a Chile.

A los 13 años, Leandro decidió formar parte de ALERTA, una agrupación perteneciente a las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU). Asimismo decidió afiliarse a la Unión General de Trabajadores (UGT Sindical), como pasaporte para obtener su primer empleo. En el negocio de su padre había aprendido a empaquetar, habilidad que le sirvió para que le dieran ocupación en una tienda de la Calle Hernani.

Pronto se dieron cuenta que en la JSU habían infiltrados falangistas. Estos jóvenes, que se hacían pasar por anarquistas y recibían el nombre de la "Quinta Columna", protagonizaron actos vandálicos contra la organización.

La Guerra Civil Española (1936) estalló tras los asesinatos del Teniente Castillo y de Leopoldo Calvo Sotelo. Aunque resulte paradójico, Leandro los recuerda como los tres años más felices de su vida. De mayor comprendió el tormento que supuso este conflicto bélico en su vida, pero la inocencia de su infancia impidió que lo percibiera de este modo. Muchos niños fueron llevados a otros países, pero su padre decidió que permanecieran allí. Los ciudadanos hacían su vida cotidiana, incluso los jóvenes mantenían su tiempo y sus espacios de ocio (cines, teatro...). Pese a ello, los horrores de la guerra fueron latentes. Se crearon parapetos en ciertas zonas de Madrid porque desde el frente mataban a la gente en plena calle.

Lo más duro para Leandro fue observar cómo el enfrentamiento entre la propia gente de izquierdas propició la entrega de Madrid.

Una vez finalizada la guerra, continuaron las torturas. El 3 de Agosto de 1939 ocurrió un suceso que nuestro protagonista no ha conseguido borrar de su memoria. Leandro almacenaba armas y esa fue justificación para que el gobierno de Franco le llevara preso. Su expediente fue denominado "Las Trece Rosas", pues todos sus integrantes eran menores de 21 años, y por tanto, menores de edad. Leandro tan solo contaba con 15 años en el momento de la detención.

Le condujeron a una checa y allí encontró a un amigo de su hermano, que estaba recibiendo una fuerte paliza. Este joven indicó a los agresores que Leandro conocía información. Al adoptar el silencio como señal de respuesta, Leandro recibió tal paliza



que tiznó su cuerpo de un color tan negro como el carbón y provocó la rotura de sus costillas flotantes. Tras ese acontecimiento, permaneció cerca de un año sin poder dormir del dolor. El Tribunal Militar pidió pena de muerte, pero su temprana edad sirvió para que le redujeran la condena a doce años y un día.

Las escenas que se vivieron en las cárceles españolas fueron escalofriantes. En la conmemoración del Alzamiento o el aniversario de la muerte de Calvo Sotelo o de Jose Antonio, sacaban a los presos a darles el "paseo": les metían en un coche, les llevaban al cementerio, y una vez allí tenían que correr perseguidos por los disparos de los falangistas. Además, recibían corrientes en sus extremidades y las mujeres eran violadas. Cuando llegaba la hora de dormir, tenían que repartirse entre varios un espacio de 40 cm.

En ocasiones, los familiares les llevaban alimentos. Pero los funcionarios los requisaban, y en lugar de la comida colocaban piedras.

Por temor a represalias, muchos vecinos retiraron la palabra a la familia de Leandro cuando este fue arrestado. Los niños con familiares encarcelados no obtenían plazas en los colegios, y de mayores, no tenían acceso a ninguna institución pública.

En prisión, pese a haber desalmados, había gente muy elevada. Para él, fue una suerte a conocer personas como Miguel Hernández o Antonio Buero Vallejo, dramaturgo con el que ha seguido manteniendo amistad hasta la actualidad.

En las cárceles de Madrid la crueldad era la nota característica. Por eso, su hermano y él casi sintieron alegría cuando les anunciaron su traslado a Zaragoza. Esos viajes estaban llenos de prohibiciones: no podían ir al servicio, ni comer ni tener dinero. De hecho, a un joven le molieron a golpes por llevar una peseta en un bolsillo.

Los años de hambruna los pasó en la cárcel de Pamplona. Allí contó con el cariño de la madre superiora, que muchas veces le llevaba comida a la celda.

Regresaron a Madrid y fueron ingresados en Santa Rita. Allí contaron con la ventaja de disfrutar de días de permiso.

De Santa Rita fueron llevados a Carabanchel. Empezaron a trabajar en la prisión y por cada día de trabajo, les restaron un día de condena. Por una amistad les condujeron a la cárcel de Yeserías. Fue empleado en sus laboratorios.

En los años 40 llegó el amor a su vida... Teresa, su actual mujer, iba a visitar a un familiar que estaba preso. Se conocieron y comenzaron a escribirse.

La vida quiso jugar con Leandro y Teresa, poniéndolos a prueba sembrando distancia entre ellos. Leandro fue llevado a la cárcel de Burgos. En ella, funcionarios de prisiones protagonizaban represalias contra los jóvenes encarcelados. Además de tenerles incomunicados dos meses, les hacían fregar los suelos con una bayeta. Había un funcionario muy malicioso, que cada vez que estaban limpiando, les pisaba la mano. Ante aquellos malos tratos, la gente se sublevó y lograron al menos que ataran un palo a la bayeta para que no tuvieran que asear las celdas de rodillas. Tras más de 8 años, por fin llegó su esperada libertad.

Regresó a Madrid y comenzó a jugar en el Atlético de Aviación, puesto que tuvo que dejar por una afección cardíaca. El director general de la empresa donde trabajaba su mujer, CIEDAD, le llamó para darle empleo, obviando que hubiera sido preso político. De hecho, fue detenido en alguna ocasión, pero la información que se difundió fue que estaba enfermo. Al poco tiempo, fue nombrado Jefe de Almacén, y



al año, Jefe de Compras. Contrajo matrimonio y se fue a vivir al Barrio de Salamanca. La empresa cerró y en ese momento comenzaron los problemas. Pocos empresarios querían contratar a un hombre que hubiera salido de la cárcel. Un amigo suyo le cedió su puesto como representante de una empresa. El férreo instinto de supervivencia de la pareja les llevó a constituir un taller de punto. Su situación económica era tan débil, que tuvieron que comprar una máquina a plazos.

Tras muchos años, Leandro logró que le concedieran un pasaporte. Cuando lo obtuvo, decidió probar suerte en el extranjero. La experiencia no fue enriquecedora y optó por retornar a España. A su regreso, como ya no tenía el trabajo de representante, amplió el taller que habían creado. Así pudo comprar la casa donde viven ahora.

Aunque ya era un hombre sin cargos imputados, durante todo el régimen de Franco sufrió muchas detenciones. Volvió a pasar un mes y pico en la cárcel cuando el Caso Grimau. Pese a no lograr vincularle a ningún movimiento clandestino, le internaron en una celda perteneciente al Director General de Seguridad. El juez le tomó declaración y le trasladaron a otra galería. Las autoridades pensaban que Leandro era propietario de una imprenta. Como tenían prisa de Juzgar a Grimau- pues todos creían que iba a morir- y no encontraron pruebas contra Leandro, le libertaron.

En la década de los 70, se colocó en una ingeniería. En ese empleo, les enviaban fuera de España y cobraban dietas.

Las Navidades de 1973 estuvieron cuajadas de terror. El asesinato de Carrero Blanco y el Juicio contra los dirigentes de CCOO alteraron la alegría de la época. Al menos Leandro no fue detenido.

Tras la muerte del General Franco, llegó la ansiada transición a la Democracia. Este cambio contó con turbulentos sucesos, como la matanza de los abogados de Atocha. En el año 1981, la Democracia se vio peligrada con la intentona de golpe de Estado. Durante toda la Democracia Leandro ha estado luchando desde Izquierda Unida para conseguir el bienestar de los ciudadanos. Sin embargo, nunca ha querido beneficiarse de las mieles de la política. Como él dice con la cabeza bien alta: "Me ha gustado luchar pero no salir en la foto". Su mirada es tan clara y directa que nadie podrá dudar de su palabra jamás.

Lo importante de la vida

Desde mi infancia he escuchado de boca de mis mayores que "el rostro es el espejo del alma". Los ojos de Leandro me confirman ese dicho, al transmitirme una fuerza serena, una pasional calma y, sobre todo, una esperanza viva. Nunca una mirada ha conservado la firmeza de una juventud que hace tiempo quedó atrás.

El hombre de 81 años que tengo delante nunca podrá ser llamado anciano. Tal vez su magia resida en que, pese a las vicisitudes de la vida, ha luchado por un mundo mejor, una esfera que no sea patrimonio de unos pocos.

El espíritu de Leandro le ha convertido en un gladiador de la política, que nunca ha sido coronado con los laureles del éxito. El primero que ha rechazado todo tipo de gratificación ha sido él, alejándose de convertirse en el nuevo rey Midas de la sociedad.

Bien es cierto que Leandro es poseedor de un prestigioso don, que convierte en oro todo lo que toca. Pero este bien preciado siempre ha ido dirigido a la humanidad y no a enriquecer sus bolsillos. Hoy en día es difícil encontrar una persona que,



independientemente a su ideología, haya rechazado mejorar su posición y haya seguido moviéndose lejos de los ojos de la gente.

Leandro fue apresado, condenado a muerte, ha sufrido detenciones, ha arriesgado su integridad y ha sacrificado la posibilidad de que su familia tuviera una vida sin sobresaltos. Pero hoy siente la tranquilidad y la satisfacción de haber actuado siempre siguiendo su propio corazón. Con más personas como Leandro, nuestra realidad pronto tomaría a ser una cruel y lejana ficción.

Él opina que el triunfo de las masas llegaría si esta se mantuviera unida. Pero sólo nos movilizamos cuando lo que nos pertenece se ve perjudicado.

Si prestamos atención a los medios, cada día surgen informaciones vinculadas a casos de corrupción, tráfico de influencias y engaños protagonizados por la misma clase política a la que nuestro voto ha concedido el cetro del poder. Mientras la alcaldesa de una ciudad de Málaga se construye una residencia con el dinero de los contribuyentes, una porción de gente alza su voz por la colocación de unos parquímetros en la capital del país.

Con vehemencia defiende la respetabilidad de todas las ideas, siempre y cuando estas se usen para sembrar el bien. Como él mismo señala: "la vida tiene muchos senderos; hay que procurar que cada camino sea bueno para que vayan por él otras personas".

Leandro ha utilizado su ideología como motor para vivir pese a las calamidades. Muchas son las personas que en determinados momentos de su vida le han tachado de tonto. Pero desde la cima de la montaña a la que le han catapultado los años, sólo puede observar una vida entera al servicio del prójimo y en coherencia con su manera de ser y de sentir. Compromiso, orgullo y lucha son los tres ingredientes que han presidido la vida de este pacifista combatiente, y que le han otorgado el carácter de meritoria.